

Sermón 235

A los monjes

1. Es por el ruego y, por decirlo así, por la caritativa orden del santo Padre (¿Aregio?) que yo dirijo a ustedes unas palabras que serán lo que puedan. No lo hago por presunción sino por verdadera y total caridad. Y así como, por voluntad de Dios, ustedes son perfectos a un punto tal, que no precisan nuestra exhortación, la caridad, que ignora todo temor, nos lo ordena y nosotros nos atrevemos, aún sobre asuntos que ustedes ya cumplen acabadamente, lo sabemos, dirigirles un consejo y una exhortación con verdadera humildad y perfecta caridad. Sin embargo no lo es sin algo de vergüenza: nosotros reconocemos no ser todavía buenos discípulos y aquellos a quienes queremos, pareciera, estimular para que obren santamente, son maestros; tibios como somos se nos obliga a exhortar a hombres fervorosos; a pesar de nuestra inexperiencia estamos dando instrucción a hombres doctos; viviendo como lo estamos, sobre el mar de este mundo y fatigados por el excesivo oleaje, dirigimos palabras de prédica a quienes ya han alcanzado felizmente el puerto.

El monasterio, puerto de reposo

2. Sin embargo, hermanos bienamados, como por lo común los navíos, después de haber superado y vencido las

Sermones de
san Cesáreo
de Arlés
a los monjes
(470-542)¹
Segunda parte

CuadMon 142 / 143
(2002) 465 - 484

¹ Introducción, traducción y notas del P. Fernando Rivas, osb (Abadía San Benito de Luján, Buenos Aires, Argentina). Cf. *CuadMon* n. 141 (2002), pp. 219-235.

olas del mar, encuentran todavía dificultades en el puerto más seguro y corren riesgo de zozobrar si no se extreman los cuidados, les exhortamos con la mayor humildad y gran respeto: puesto que Cristo los ha liberado de toda falta grave como del oleaje peligroso y los ha ubicado en el puerto del reposo y la beatitud, aquellas pequeñas negligencias, aquellos pecados por así decirlo insignificantes, que se deslizan en el alma, de la misma forma que se filtran a través de minúsculas fisuras de un navío, las gotitas que al juntarse formarán un torrente, pongan toda su atención con la ayuda de Cristo, para eliminarlos constantemente y con rapidez. Porque así como cuando un navío ha escapado del oleaje del mar, vacía la sentina, para que al juntarse esas minúsculas gotas no lo arrastren al fondo; lo mismo pasa con el oleaje: después de haber vencido y superado las tempestades del siglo y los crímenes de este mundo que son como oleaje peligroso, una vez llegados a este puerto que es el monasterio, deben vaciar de la sentina de su alma los pecados menudos que se introducen furtivamente cada día; si los descuidan, corren el riesgo de naufragar en el puerto mismo.

El perdón de las injurias

3. Pero dicen algunos: ¿Cómo puede vaciarse la sentina del alma? Y bien, por la oración, el ayuno, las vigili­as, practicando una verdadera caridad, una verdadera humildad, una verdadera obediencia. Cuídense hermanos, se los ruego.

Así como se usa un balde para vaciar la sentina del navío, el alma se libera de todo mal por la oración al Señor, si dice en verdad: *Perdona nuestras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores* (Mt 6,12). Aquel que haya perdonado con bondad a todos aquellos que han pecado contra él no conservará en su alma vestigio alguno de pecado. Atención, mis hermanos, y reflexionen cuidadosamente sobre esto: Aquel que haya perdonado a quién pecó contra él. No he dicho que tu debas perdonar a aquel que haya pecado contra Dios sino a aquel que haya pecado contra ti es a quién debes perdonar. A veces es lamentable, perdonamos con desgano y dificultad a aquellos que han pecado contra nosotros y somos rápidos en perdonar a aquellos que han ofendido a Dios. Si por lo contrario, queremos obrar correctamente, no debemos en ningún caso perdonar sin emplear la más rigurosa severidad con aquel que ha pecado contra Dios para no dar a otros un ejemplo que los condujera a perderse por perdonar con una bondad sin discernimiento. En cuanto a aquello que les concierne personalmente, que cada cual se muestre clemente, porque el Señor ha dicho: *Si ustedes perdonan a los hombres sus pecados, su Padre del cielo perdonará los de ustedes* (Mt 6,14).

Pero cuando alguien se permite cometer un pecado contra Dios, hay que actuar con él según el rigor monástico. Esto debe hacerse con espíritu de bondad y dulzura, a fin de que la corrección realizada en este mundo por un castigo espiritual evite la muerte en el mundo por venir. En efecto, todo pecado que no es corregido en este mundo recibirá su castigo en el siglo futuro. Es así, que la divina Escritura lo recuerda refiriéndose al hijo y al servidor: *Tú lo golpearás con la vara, dice, y librarás su alma del infierno (Pr 23,14)*.

Luchar contra la tibieza

4. Por consiguiente, como lo he indicado anteriormente, evitemos no sólo los pecados graves, sino que rechacemos cada día las pequeñas negligencias, como venenos del diablo.

Porque hay quienes, luego de la profesión religiosa, creen haber salido del mundo y se adormecen en una excesiva seguridad: en ellos se cumple la sentencia del Señor: *¡No eres ni caliente ni frío!, más porque eres tibio estoy por arrojarte de mi boca (Ap 3,15.16)*.

¿Qué quieren decir estas palabras: “Porque no eres ni caliente ni frío”? Quieren decir: más te hubiera valido o bien permanecer frío en el mundo o ser fervoroso en el monasterio, pero ya que a la vez has abandonado el mundo y sin embargo por negligencia no has querido abrazar el fervor espiritual, te has convertido en tibio, serás vomitado de la boca del Señor, quien no volverá a acogerte fácilmente otra vez. Así, bienamados hermanos, con la ayuda de Dios escuchen atentamente esta sentencia de la Escritura divina: *Vela sobre tu corazón y cuídalo (Pr 4,23)*.

En efecto, así como hay que regocijarse con respecto al monje que, entrando al monasterio, pone su voluntad en vivir apacible y humildemente, en la mansedumbre, la obediencia y la paciencia, inversamente es preciso llorar por aquel que parece no haber abandonado este siglo más que con su cuerpo, pero su corazón se conoce que ha permanecido deslealmente en el mundo o que ha regresado a él: en lugar de humildad demuestra orgullo, cólera en vez de paciencia, desprecio en vez de obediencia y, en lugar de ofrecer el bálsamo de la caridad, esparce el veneno de la malicia. Es a tales gentes que cuadra esta sentencia del bienaventurado Pedro, sentencia verdadera y temible: *Más les hubiera válido no conocer el camino de la justicia, que luego de haberlo conocido, volver atrás (2 P 2,21)* y más aún: *El perro ha regresado a su propio vómito y la chancha apenas lavada se revuelca en el fango (2 P 2,22)*.

Evitar la presunción y la desesperanza

5. Sin embargo no debemos desesperar de éstos, mis hermanos, porque Dios tiene el poder de encender por vuestras oraciones la chispa del arrepentimiento y así consumir con saludable fuego, toda voluptuosidad del mundo, como espinas y malezas de malicia, con ese fuego del que ha dicho el Señor: *He venido a traer el fuego sobre la tierra y qué puedo querer sino que encienda* (Lc 12,49).

Rueguen entonces, bienamados hermanos, no sólo para que Dios se digne concederles el perseverar en el bien, sino también que quiera salvar de la fosa y arrancar de las redes a aquellos que son negligentes. En efecto, si gracias a vuestros ruegos y a vuestros consejos dados con caridad, todos los tibios y los negligentes se corrigen, el Señor tendrá a bien concederles doble recompensa: para vuestra salvación y vuestra enmienda. Porque ni aquellos que son buenos deben enorgullecerse como si esto proviniere de sus propios méritos, ni los negligentes deben desesperar de alcanzar la misericordia de Dios; sino que, los primeros conserven los dones de Dios con humildad y los segundos con gran compunción recurran prestamente a estos remedios: la penitencia y la enmienda. Ya que, aquel que es bueno, si comienza a enorgullecerse será inmediatamente humillado y el orgulloso, si se humilla será exaltado por la misericordia de Dios. Será suficiente que no se deje agobiar bajo el yugo tan penoso del diablo, ni endurecerse más permaneciendo en los pecados por una negligencia excesiva y peligrosa, sino que recurra (a remedios saludables) lo más pronto posible para que no quede en él vestigio alguno de pecado. Será excelente para las llagas aún abiertas untarlas de unguento o refrenarlas. Si se acude rápidamente al médico celestial para levantarse, no se conservará rastro alguno de la caída, ya que, en manos del médico todopoderoso, la enfermedad desaparece inmediatamente y el enfermo cura rápidamente.

6. Una vez más, hermanos, les pido, los exhorto: Esfuércense sin cesar en demostrar obediencia, humildad y caridad, no sólo hacia sus ancianos e iguales sino también hacia aquellos que son más jóvenes que ustedes. Porque cualquier bien que se esfuercen en conseguir como servidores de Dios, lo perderán completamente si les falta una verdadera humildad y una verdadera caridad. No murmuren, porque está escrito que aquellos que murmuraban *perecieron mordidos por las serpientes* (1 Co 10,9). No murmuren sobre sus hermanos porque está escrito: *Aquel que calumnia a su hermano será aniquilado* (Pr 20,13). No guarden cólera en su corazón porque está escrito que *la cólera del hombre no realiza la justicia de Dios* (St 1,20). No se odien mutuamente porque está escrito: *Aquel que odia a su hermano es un homicida* (1 Jn 3,15). Pero no es preciso exhortar más extensamente con palabras a la caridad de ustedes, para que realicen -lo que ya hacen- sus obras

para gloria de Cristo. Esto lo sabemos y nos regocijamos. La única cosa que les pedimos encarecidamente es que, ya que Dios se ha dignado ubicarlos en el lugar del reposo y la tranquilidad, pidan al Señor constantemente por nosotros, atribulados por las innumerables tempestades y oleajes de este mundo, de tal forma que, si la gloria no nos es concedida porque no la merecemos, al menos nos sea acordado el perdón de nuestros pecados gracias a sus oraciones.

Sermón 236

Sermón de san Cesáreo, obispo, a los monjes

1. Me asombra, bienamados hermanos, que mi Señor, su Padre, se rebaje a tal humildad: desea que con mi inexperiencia haga escuchar a sus santos e instruidos, unas palabras de exhortación. Su admirable humildad le hace desear que, ya que no soy por así decirlo, más que un arroyo seco, haga descender sobre ustedes, que son fuentes vivas de Cristo, las gotitas de un pequeño hilo de agua. ¿Qué podré hacer ahora, yo, pobre y desdichado? ¿Dónde podré encontrar un alimento que pueda servirles a ustedes que tienen hambre de justicia? ¿Dónde buscar aquello que no se encuentra en mis propios bienes?

¡Bienaventurada sea tanto la humildad de su santo Padre como la de ustedes! Podría decirse que, cuando los méritos de sus virtudes no le permiten remontarse a más alturas, su humildad misma le hace encontrar un medio para crecer aún más. Bendigamos al Señor que permite hacer crecer sin cesar esta santa institución y el admirable género de vida de este lugar y exaltarlo con una gloria aún más elevada.

Himno a la gloria de Lérins

¡Oh feliz, oh bienaventurado monasterio de aquella isla donde la gloria del Señor, nuestro Salvador, crece cada día en tantas riquezas espirituales y donde la milicia del diablo ha sufrido tantas pérdidas!

¡Bienaventurada isla de Lérins que, así como parece pequeña y sin relieve, ha elevado hacia el cielo, lo sabemos, innumerables cumbres!

En ella se forman monjes eminentes y provee obispos destacados en todos los campos. Y así como ha recibido hijos y hace de ellos padres, a los niños pequeños los hace adultos, y a los simples reclutas transforma en reyes. Porque todos aquellos que han sido acogidos en este tan bienaventurado monasterio, han sido elevados por Cristo a las más altas cimas de las

virtudes en alas de la caridad y la humildad.

2. Esto ciertamente se ha realizado con felicidad en casi todos los habitantes de este lugar; en mí sin embargo y por mi culpa, su realización no es evidente. En efecto cuando hace tiempo esta isla santa acogió mi pequeñez con brazos bondadosos, como una excelente madre, dispensadora única e incomparable de todo bien trató de formarme y hacerme crecer y mientras que llevaba a otros a la cima de las virtudes, en mí, por el obstáculo que interpuso la dureza de mi corazón, no logré extirpar todas las negligencias.

Llamado a la oración de sus hermanos ancianos

Les suplico entonces, con toda humildad, les imploro desde la aflicción de mi corazón: que aquello que es negado a mis méritos, me lo concedan sus súplicas; y yo discípulo de ustedes, puedan ustedes ayudarme por los sufragios de sus oraciones, de forma que pueda obtener que la educación recibida por mí en este santo lugar no termine en mi condenación sino en mi progreso.

En cuanto a mí, hermanos bienamados, no atreviéndome a oponerme al pedido de su santo Padre no es poco la reputación de temeridad en que incurro. Y cuando considero quién osa hablar y a quién, y la categoría de aquel que se permite enseñar a tantos hombres, agobiado bajo el peso enorme de la timidez, la conciencia que tengo de mi bajeza me hace temblar. ¿Qué podré decir yo, un ignorante a hombres colmados de tanta ciencia? ¿Qué diré yo a los santos, cuando yo mismo soy culpable de múltiples negligencias? ¿A los hombres fervorosos, yo, un tibio? ¿A aquellos asentados en feliz puerto qué les enseñaré, yo, agobiado como lo estoy por violentos oleajes en medio del mar de este mundo? Y sobre todo, a aquellos que se sacian constantemente con el alimento delicado de Cristo, ¿dónde encontraré yo, un hambriento, algo digno que ofrecerles?

Sin embargo, gracias a sus santas oraciones, creo haber encontrado lo que debo hacer. ¿Qué mostraré sino el sacrificio de un corazón contrito y humillado, a fin de que la humildad al menos pueda obtener lo que no pudo la abundancia de las buenas obras? Y así, preparo el depósito de mi corazón para recibir el agua divina que mana a través de ustedes. Porque, en verdad, y los conozco, y es de ustedes que habla la Palabra del Señor: *Aquel que cree en mí, ríos de agua viva manarán de su seno (Jn 7,38)*.

Así, puesto que creemos con alegría que aguas vivas fluyen de ustedes como fuentes espirituales, rieguen a aquel que está en la sequía, sacien al famélico, den fuerza al que está fatigado, laven al manchado por innumerables negligencias y, como buenos y espirituales discípulos de este

médico celestial, concédánles los sufragios de sus oraciones, adminístrenles los remedios de sus sublimes méritos. Y ya que, para gran alegría nuestra, ustedes realizan en sus actos lo que nosotros predicamos en nuestros discursos, obténgannos a nosotros que, los amamos de una manera especial, que merezcamos tener al menos alguna participación en sus obras. Puesto que su santo género de vida es fuente de alegría no sólo para los hombres de este mundo sino también para los ángeles del cielo, esfuércense en obtenernos por sus santas oraciones que nos sea concedido al menos el perdón de nuestros pecados, cuando ustedes reciban, en presencia del juez eterno, la gloria debida a sus méritos.

Amor y obediencia al Abad

3. Y para que no parezca que me opongo completamente a los ruegos del santo Padre (¿Aregio?), me permito con toda humildad y respeto aconsejarles sobre lo que ustedes ya poseen. Les suplico entonces y los exhorto con humilde caridad, que tengan siempre un verdadero afecto a mi Señor, su Padre, y que su santidad se ejercite sin cesar en manifestar una obediencia de perfecta caridad. De manera que, así como ustedes se regocijan en el Señor por los méritos de su santo Padre, él también pueda felicitar-se de los progresos de ustedes: y, ya que el mundo entero los admira y los ama por su santa obediencia y sus muy santas obras y ustedes se sienten deudores de todo el género humano, será preciso que ustedes paguen a su vez, con sus oraciones asiduas y sus actos irreprochables, el honor y el amor que reciben de todos. En efecto, de Oriente a Occidente en casi todos los lugares donde es practicada la religión cristiana, se proclama, para gloria de Cristo, la santa vida de ustedes, de glorioso renombre. Es razonable exigir de ustedes, que confirmen con pruebas la reputación que tienen. Conduzcanse, entonces, con la ayuda del Señor, como lo han hecho siempre y conserven la caridad, la humildad y la obediencia, a fin que la reputación conseguida, crezca constantemente con las obras de una vida irreprochable. De tal forma que todos aquellos que merezcan verlos, podrán preferir la sentencia que pronunció esa reina, que cual imagen de la Iglesia, quiso aproximarse a Salomón. Así todos aquellos que merezcan contemplarlos como templos vivientes de Cristo, armados con las perlas de las buenas obras, plenos de los holocaustos de las oraciones y esparciendo el aroma de las virtudes, estallando en exultantes aclamaciones, exclamarán de inmediato como aquella famosa reina: *Es verdad, la palabra que había escuchado en mi país (1 R 10,6)*, refiriéndose a la vida religiosa de esta santa comunidad. Ahora, en verdad *tengo la prueba de aquello que apenas me había sido anunciado la mitad (1 R 10,7)*. Porque he podido ver con mis propios ojos cosas mayo-

res que las que mis oídos habían escuchado anteriormente. Y es así que, cuando quienes lleguen a su casa y los vean viviendo como ángeles en esta tierra, habiendo pronunciado tales palabras, al regresar llevando tan feliz nueva al mundo entero, reflexionen y verán cómo se acrecentará la gloria en ustedes así como cuanta alegría deseable y santa se diseminará en todas la Iglesias del universo entero.

No contentarse con la alabanza de los hombres

4. Ante todo, hermanos míos, prevénganse de todo corazón en el temor de que se introduzca en sus espíritus el pensamiento siguiente: creer que para vivir felices nos basta ser alabados por los hombres y considerar no lo que somos por nosotros mismos, sino por lo que los otros piensan de nosotros: entonces descuidando el mérito de las virtudes no nos preocuparía más que la opinión de los otros.

Pensemos más bien en este dicho, mundano ciertamente, pero muy útil: “La verdadera alabanza es adorno, la falsa, castigo” y lo que ha dicho un sabio “La alabanza que se te ha hecho, ¿es verdadera? Es un elogio. ¿Es falsa? Es un insulto”.

No hay perfección sin un esfuerzo constante

Pero llegar a la plenitud de esta perfección tan destacada y santa no exigirá poco esfuerzo al alma. ¿Quién podrá, en efecto, apartar su lengua de la maledicencia, poner término a la murmuración y a las palabras ociosas, arrojar de su corazón muy alerta, las impurezas de los pensamientos, abstenerse como de un veneno mortal de las maldiciones y los juramentos, resistir a la vanidad, refrenar la cólera?

¿Quién es aquel que, sin gran compunción del corazón, haya rechazado y arrojado por amor a la verdadera humildad, la ambición de los honores y el deseo del sacerdocio? ¿Quién nunca pudo, sino con esfuerzo, doblegar su cuello, bajo el yugo de la santa obediencia por amor, no contradecir jamás el juicio de un anciano, no conservar en su corazón odio contra ningún hombre, amar por amor a Cristo, no sólo a sus hermanos, sino a todos los hombres, aún a sus perseguidores, rezar por los buenos para que continúen creciendo en sus obras santas, ofrecer sus súplicas por los malvados para que consigan corregirse más rápidamente? ¿Quién podría sin esfuerzo perseverar en la oración, descansar en la lectura espiritual?

¿Quién -lo repito- podrá cumplir todas estas cosas sin contar con la gracia de Dios y una esmerada dedicación del corazón?

5. Pero todas estas cosas, hermanos, hasta que después de largo tiempo no se hayan convertido en hábito, parecerán penosas y, a decir verdad, se las creará imposibles mientras que pensemos que podemos lograrlas por el esfuerzo humano. Más cuando se cree que se los puede obtener de Dios y alcanzarlas por su gracia, se hace la experiencia de que no son ni duras ni laboriosas, sino livianas y suaves según la palabra del Señor: *Mi yugo es suave y mi carga liviana* (Mt 11,30). Este yugo, puesto que ya lo llevan con alegría y lo soportan con mansedumbre, rueguen para que nuestra pequeñez merezca también recibirlo y llevarlo humildemente hasta el fin. Y que así, cuando les sea concedida la gloria en la eterna beatitud, a nosotros por lo menos nos sea acordado el perdón de nuestros pecados.

Que nuestro Señor Jesucristo nos lo obtenga, Él a quién pertenecen honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Sermón 237

Sermón a los sacerdotes y a los siervos de Dios. El buen ejemplo a dar

1. Si prestan atención, hermanos muy queridos y venerables hijos, ustedes reconocerán, evidentemente, que ningún hombre vive para sí, ni muere para sí. Lo que el apóstol Pablo confirma también con palabras parecidas al decir que: *Nadie vive para sí y nadie muere para sí* (Rm 14,7). En efecto todo hombre que haya dado a los otros, cualquiera sea su número, el ejemplo de una vida santa, será con ellos y por razón de ellos todos, que llegará a las recompensas eternas y, por lo contrario, aquel que haya dado ejemplo de una mala vida y de una actuación perversa y que por sus malas costumbres haya incitado a otros, cualquiera sea la cantidad, a actos inicuos, es con ellos todos y por motivo de ellos todos que soportará el suplicio eterno. En cuanto a nosotros, evitemos dar a otros el ejemplo de una mala vida y también por medio de una santa y saludable exhortación alentémoslos constantemente en la humildad, la caridad y la obediencia. No seamos de aquellos que tienen por costumbre proporcionar con sus malos consejos, el alimento de la soberbia a cuantos están irritados o fuera de sí mismos entre nuestros hermanos o hermanas, fueran los que fueran, diciéndoles que no deben rebajarse a tal punto con una humildad sumisa o soportar órdenes tan duras o estúpidas. No seamos de aquellos que con la amargura extrema de su lengua, no sólo no quieren cuidar al herido sino que se esfuerzan por herir al que está sano y que, por sus murmuraciones, denigraciones, desobediencia e irascibilidad tienen la costumbre no de servir a Cristo sino de militar para el diablo.

Los engaños del diablo

2. En efecto, el diablo enemigo astuto y cruel, con la habilidad de viejos artificios y de una inventiva múltiple, apremia a las almas que, de una vez por todas, ha convertido en inactivas, tibias y negligentes por una persecución maligna, a hacerse a su vez instrumentos para la ruina de otros. De estas almas está escrito: *Porque no eres caliente ni frío sino tibio, estoy por vomitarte de mi boca* (Ap 3,15.16).

En efecto a tales almas dispuestas a la desobediencia y al orgullo, el diablo las priva de toda luz de verdad y de caridad y, como cazador muy fuerte y astuto atrapador de pájaros, las dispone y las prepara como señuelo para embaucar, si es posible, hasta las almas santas.

Los atrapadores de pájaros tienen por costumbre cegar y ensordecen las torcazas que ya han cazado, de manera que las otras torcazas las rodean y quedan atrapadas en las redes ya dispuestas. El antiguo enemigo obra de igual forma con los sacerdotes tibios, los monjes negligentes y las vírgenes indolentes. Luego de cerrarles los ojos de la paciencia, apaga en ellos el fuego de la compunción y la llama de la verdadera caridad, persuadiéndolos de que se salvan sólo por el hábito religioso que visten, como dije anteriormente, y así preparados los usa como “señuelos” para la perdición de otros.

De tal manera, todos los simples e irreflexivos, al imitarlos, caen en sus redes y mallas. Los desdichados de esta especie, no sólo por sí mismos sino también por todos aquellos a quienes alejaron del bien, de la humildad y de la obediencia, con el ejemplo de su mala vida, deberán rendir cuenta el día del juicio.

Los monjes negligentes resultan peores que antes de su conversión

3. En efecto, el antiguo enemigo que envidia siempre a los buenos, persuade primero a los servidores y sirvientes de Dios cuya tibieza y negligencia ha reconocido, que pasen su tiempo en conversaciones vanas, que murmurando y denigrando inciten a los otros a la revuelta y los despojen de todo fervor por escuchar la lectura.

Así, después de haber endurecido como de una callosidad su corazón y haber, por así decirlo, introducido la escoria de la tibieza, los tiene listos para las malas obras y los obliga para su desgracia a ser esclavos de todos los vicios y negligencias, según estas palabras de la Verdad: *Aquel que ha pecado es esclavo del pecado* (Jn 8,34) y: *Se es esclavo de aquello que nos domina* (2 P 2,19). En efecto, así como las almas santas y espirituales, inflamadas

por el fervor de la caridad son conducidas por el Espíritu Santo y preparadas constantemente para las buenas obras, según lo que dice el Apóstol: *Todos aquellos a quienes anima el Espíritu de Dios son hijos de Dios (Rm 8,14)* de igual forma sucede, por contraposición con los negligentes y los tibios, poseídos por el Espíritu contrario, y sobre lo que ha sido escrito: *Cuando el espíritu inmundo sale de un hombre, anda vagando por lugares áridos en busca de reposo pero no lo encuentra; volviendo enseguida encuentra su casa desocupada, barrida y en orden. Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, entran y se instalan allí y el final de aquel hombre viene a ser peor que el principio (Lc 11,24-26)*. Es en efecto, sin lugar a dudas, lo que deben soportar los sacerdotes, monjes y vírgenes orgullosos, desobedientes y tibios.

En efecto, cuando al comienzo de su conversión, habiendo abandonado la vida del mundo, han huido con corazón ferviente hacia la milicia de la santa religión, por la gracia de Dios, son liberados de todo mal. Pero a continuación, como por negligencias y pereza no realizan más esfuerzos, ni con la ayuda de Dios aumentan sus bienes espirituales, los vicios, que habían desaparecido, los encuentran desocupados y regresan acompañados (de muchos otros) y los fuerzan a volver a su vómito, para que sea cumplido lo que está escrito: *Así como el perro se hace odioso cuando vuelve a su vómito, igual sucede con el pecador cuando vuelve sobre su pecado (Pr 26,11)*. Sobre tales personas, el apóstol Pedro clama en forma que espanta: *Porque si, después de haberse alejado de la impureza del mundo por el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, se enredan nuevamente en ella y son vencidos, su postrera situación resulta peor que la primera. Pues más les hubiera válido no haber conocido el camino de la justicia que, una vez conocido, volverse atrás del santo precepto que les fue transmitido. Les ha sucedido lo de aquel proverbio tan cierto: El perro vuelve a su vómito y la puerca lavada, a revolcarse en el cieno (2 P 2,20-22)*.

Urgencia de la conversión

4. Si alguno de ustedes se reconoce en este retrato, cuando aún es tiempo de corregirse, que aplique con lágrimas y gemidos a la herida de la soberbia, el remedio de la humildad contra el veneno de la murmuración y de la cólera que se apresure a recibir el antídoto de la obediencia. Antes que su alma culpable de numerosos pecados, se aleje de la luz de este mundo, que se procure un remedio para el caso de serle necesario. Que se esfuerce en preparar el aceite de la humildad y de la caridad para su lámpara apagada por el orgullo, mientras haya tiempo de aprovisionarse y de comprar. Así, entre las vírgenes santas, la lámpara de su virginidad encendida, el vaso de sus almas desbordará del aceite de la caridad. Porque la virginidad de sus cuerpos no servirá absolutamente de nada, si la caridad y la humil-

dad han abandonado su corazón. Así es la conducta de las almas santas y aquellas que quieren asemejarseles obran siempre así. En cuanto a las otras, que viven no según el espíritu sino según la carne, no es por su humildad sino por su orgullo, -para su desdicha-, que soportan el yugo, y en lugar de recoger, como las abejas, la miel espiritual, esparcen como avispas su veneno cruel, se yerguen contra los ancianos por la desobediencia, por la cólera cuya llama las consume, por el odio que guardan en su corazón, por sus murmuraciones cuyo orgulloso vendaval las sacude y así las aleja, todo esto y otras más, del puerto de la obediencia, les hace perder por su agitación, la tranquilidad de la paciencia y causa posteriormente su naufragio. Al comienzo de su conversión, habían abandonado el oleaje del mundo para refugiarse en la paz del monasterio y ahora se las ve, en la desmesurada locura de su orgullo, naufragar en el puerto mismo, bajo el vendaval de la cólera. A tales almas son preferibles, aquellas sujetas al mundo: porque es mucho mejor una vida conyugal humilde que una virginidad orgullosa y son más loables aquellas que se cuidan, con la ayuda de Dios, en medio del mar, que aquellas que naufragan en el puerto mismo, por una excesiva negligencia o confianza.

Verdadera y falsa conversión

5. Qué felices son aquellas almas que, con la ayuda de Cristo, se esfuerzan en colmar su corazón con los variados aromas de las virtudes de tal manera que de su boca no sale jamás nada que no sea caridad, la castidad, la mansedumbre y la obediencia: todo esto les consigue para ellas mismas las recompensas eternas y para los otros son ejemplos de vida santa. Por lo contrario son desdichadas, miserables y dignas del llanto de nuestros ojos, aquellas que se corrompen con las malas costumbres a punto tal que de su boca o de su vida indigna puede decirse que provienen de los venenos del diablo y no de los remedios de Cristo. Y mientras que exteriormente están revestidos con el hábito religioso como piel de cordero, son en su interior como lobos rapaces, cual serpientes y víboras y muestran una fingida humildad por las ropas que llevan cuando no se han sometido a ninguna corrección.

Pero en el momento en que se presenta una amonestación aunque sea ligera, la falsa humildad desaparece, el escondido orgullo aparece y entonces se reconoce que una cosa era la proferida por la boca y otra la escondida en el corazón: la falsa humildad parecería exteriormente y el veneno del orgullo se disimulaba en el espíritu.

Todas estas observaciones, son formuladas por temor más que por haber creído en alguna perversidad de ustedes y que he presentado a su

caridad con toda humildad y paternal solicitud.

Si hemos querido exponer ante sus ojos las negligencias de los tibios es para que se regocijen ustedes con los bienes que les son dispensados por el favor divino y para que, agradeciendo a Dios, supliquen constantemente la misericordia divina para mí y mis hermanos que aún estamos agobiados por nuestras múltiples negligencias. Y así, cuando ante el tribunal de Cristo les sea concedida la corona a su perseverancia y sus buenas obras, que por su intercesión nosotros alcancemos, al menos, el perdón de nuestros pecados. Por la gracia de nuestro Señor Jesucristo.

Sermón 238

Sermón de san Cesáreo a los monjes, para leer en tiempo de Cuaresma

1. El aprecio que siento por la forma de vida de ustedes, me incita hermanos muy queridos, a llamar su atención, con la ayuda de Dios, sobre algunas palabras recogidas de los santos libros de las Escrituras. ¿Pero que podrá dar un mendigo a los ricos?

Ustedes mismos, gracias a Dios, ya adquieren con la lectura aquello que pueden ofrecer luego a los demás, pero para aquellos que no sienten el mismo fervor por la lectura, es imposible no hablarles, e incluso aquellos que leen pero no comprenden.

Estudiar el Salterio

Sin embargo, mis muy queridos, si con la ayuda del Señor ustedes se dedican a repasar frecuentemente los salmos de memoria, si se esfuerzan cada día en introducir en sus corazones las lecturas apostólicas, ustedes saben perfectamente bien que aquello que está bien molido da un mejor producto y así todo aquello que esté bien guardado en la memoria será mejor salmodiado. Pero si digo “de memoria” es para que no se permita a nadie excusarse, para que no encuentre un acusador a quien no pueda resistir. Por ejemplo, alguno dice que es incapaz de aprender. Otro dirá: “Yo quisiera pero no tengo retención”. Pues bien, te haces merecedor desde el comienzo de la acusación de mentiroso; estás equivocado desde la partida.

¿Por qué buscas excusas? Estás ofreciendo un falso testimonio contra ti mismo. Tú tienes un aposento que el Señor te preparó: ábrelo y aprovecha los bienes de tu Señor. Él quiere que tú los aproveches ahora, ya, mientras es tu tiempo: trabaja, recoge, que tu aposento esté abierto a la sabiduría y cerrado a las locuras. Tú posees, tú has recibido.

Escucha al testigo fiel, al profeta Isaías cuando dice: *El Señor me ha concedido un lenguaje inteligente (Is 50,4), para que sepa rechazar el mal y elegir el bien (Is 7,15)*. Y lo que él recibió nos lo trasmitió a nosotros. Y me preguntas: ¿Qué lenguaje? Él mismo te responde: “Lo has recibido con la instrucción, ¿por qué te excusas?”. Piensa en ti, piensa en tu alma, abastece tu corazón. ¿Por qué lo presentas como duro y estúpido, tú que lo recibiste inteligente? Porque eres tibio (cf. *Ap 3,15*) alegas tu incapacidad. Si no aprendes, ¿qué responderás al Señor cuando te dice: “Cómeme, bébeme?”. Porque aprender es comer y retener es beber.

Los Salmos son armas para vencer al diablo

2. Que cada uno de ustedes, mis muy queridos, aprenda todo lo bueno, porque eso existe también aquí abajo y es lo que luego será regocijo en el mundo futuro. Hermanos, si repasamos constantemente nuestros salmos, cerraremos la puerta a los pensamientos mundanos: el salmo espiritual predominará, el pensamiento carnal desaparece. Los salmos son las armas de los servidores de Dios: aquel que retiene los salmos no teme al adversario, ese adversario del cual el Señor ha dicho: *Vuestro adversario es el diablo (1 P 5,8)*. Él es quién les sugiere pensamientos adversos, para matarlos, si puede: nosotros opondremos pensamientos buenos si recitamos frecuentemente los salmos. Él nos dice también: “Sé orgulloso”, y ustedes le cantarán el Salmo donde el Señor dice: *No habitará mi casa aquel que obra con orgullo (Sal 100,7)* y más aún: *Dios no tolera al orgulloso (Pr 3,14)*. Y en Salomón² leemos: *Un orgulloso no sabe nada y está enfermo de preguntas vacías (1 Tm 6,4)*.

Y aún si supiera que este vicio ocupa un lugar entre los servidores de Dios en el paraíso, no les aconsejaría el orgullo. Es por eso que el diablo tienta especialmente con el orgullo a los monjes, para que sean excluidos del lugar de donde fuera echado ya que si no se hubiera ensoberbecido, habría conservado su primacía en el cielo. Él aconseja las querellas, suscita los odios, incita a la murmuración. Tú, verdadero salmista, resístele diciendo: *Pon Señor custodia a mi boca y no inclines mi corazón hacia las palabras malas (Sal 140,3,4)*. Y más aún: *Yo me decía: “Guardaré mis caminos, sin pecar con mi lengua, pondré un freno en mi boca, mientras esté ante mí el impío” (Sal 38,2)*. Que tales armas las tenga el servidor de Dios sobre la lengua y rasgará de inmediato toda tela con que el malvado enemigo lo envuelva.

No tengan maldad los unos con los otros porque el Señor tiene horror a este vacío y nos previene: *Odio la asamblea de malhechores (Sal 25,5)*.

² “Cesáreo cita a menudo de memoria un texto de la Escritura, y debió atribuir por error a Salomón esta consideración de tipo sapiencial” (SCh 398, p. 138, nota 1).

Mis muy queridos, corrijamos los vicios de la carne con la belleza del alma que posee la imagen de Cristo. En verdad hermanos, yo les digo que, si queremos guardar todo esto, diremos a aquel que nos tienta: No me persuadirás diablo de corromper, escuchándote, la imagen de Dios en mí. Él ha sufrido por mí, Él fue cubierto de injurias por mí. Él fue colgado en la cruz por mí. Y que el servidor de Dios diga al tentador: “Verdaderamente, no podrás persuadirme de hacer aquello que me exhortas”.

El ejemplo de José

3. Hermanos muy queridos, ustedes han admirado la paciencia, presten atención ahora a la mansedumbre. José que fue odiado respondió al odio con amor: cuando vio a sus hermanos o más bien a sus enemigos, dio testimonio de la ternura de su corazón con amoroso dolor. Cuando abrazaba a sus hermanos, un torrente de lágrimas caía sobre sus cuellos; así lavaba el odio de sus hermanos con lágrimas de amor. Ya no recordaba que lo habían abandonado queriendo matarlo sino que devolvía bien por el mal. Aún no había leído los preceptos del Apóstol y ya daba ejemplo de caridad. Sin embargo sus hermanos tenían siempre miedo frente a él. ¿Por qué? Porque estaban rebajados por el veneno de la envidia.

Los estragos de la envidia

¿Y en verdad, hermanos, qué consigue la envidia a los desdichados envidiosos sino que le desgarre el alma con sus garras envenenadas? ¿Qué recibirá de su odio sino tinieblas y la muerte de su espíritu? El que quiere dañar a otro se tortura a sí mismo. En cuanto a los monjes no les está permitido envidiar, ya que el Apóstol ha dicho: *Si entre ustedes existe un celo amargo, ¿no estarán siendo obedientes a la carne y no estarán observando una conducta meramente humana? (1 Co 3,3)*. Importa que los servidores del Señor se preocupen por hacer, pensar y decir aquello que no disgusta al Señor, y que progresen todos hacia lo que es mejor.

4. Bienamados, conservemos sobre todo la dulzura de la caridad para que Cristo no nos repruebe sino nos alabe y nos invite a las recompensas eternas diciendo: *Venid, benditos de mi Padre, recibid el Reino que ha sido preparado para ustedes (Mt 25,34)*.

¡Oh, qué feliz el servidor que el Señor invita a su reino! Y será siempre con la condición de que tenga frecuentemente en sus manos con qué cumplir la voluntad de su maestro. Es decir, que tenga en su corazón el texto sagrado, el pensamiento santo y la oración continua para que cada

vez que el enemigo venga a tentarlo lo encuentre siempre ocupado en obras santas.

La Cuaresma es el diezmo anual

Sobre todo durante los días de la santa Cuaresma, que nadie se excuse: porque en este tiempo no se trata tanto de aplicarnos al trabajo como de ser invitado a la obra del Señor.

Estos días, para nosotros, son santos. Cualquiera de entre ustedes que no quiera trabajar fielmente en estos días para curación de su alma, no tendrá excusa alguna.

La Cuaresma es la décima parte del año y en esta décima parte se recoge abundantes frutos para el alma. En consecuencia, mis muy queridos, no quiero que se excusen diciendo que las faltas de otro tiempo no pueden ser rescatadas ahora. ¡Que cada cual aprenda lo que más necesita: aquel que ama los salmos, las lecturas, las vigiliias, que vele, lea, haga progresos, rece, salmodie! Todos tienen algo que hacer por sus almas. Los días parecen cortos, pero los beneficios que se cosechan duran mucho más tiempo. En este tiempo tú rezas más, salmodias más, velas más y, si no tienes voluntad de hacerlo, te obliga el llamado de las tablillas o la voz del prior.

Apresurarse a la obra de Dios

5. Pero tú, servidor de Dios, has venido aquí sin que nadie te llamara. Si has venido, ¿por qué te muestras tibio? ¿Por qué esperas que te inciten? Si oyes las tablillas ¿por qué te demoras? ¿Por qué te atrasas? Apúrate, corre: eres llamado a una buena obra, ¿por qué esperas otra cosa? No vaciles, sé el primero en entrar, que Aquel que tú esperas, te encuentre allí. ¿Si por fin has venido, por qué apurarse en salir? Has acudido a la mesa, no a la tuya sino a la de tu Señor. Toma tu puesto y cumple tu labor. De Él tú extraes tu vida, de Él tú extraes tu alimento, eres un servidor, no te está permitido salir. ¿Por qué huyes del Señor? ¿Qué te dice Él? Espera la recompensa de tus servidores, siente el placer de servir a tal amo que no conoce el enojo. Escucha lo que te ordena. Sus órdenes no son amargas ni duras y aunque lo fueran, tú eres un servidor. ¿Por qué lo subestimas? Más bien corre hacia la libertad a fin de que cuando haya obrado en ti, te sientas seguro y libre. Ya eres considerado entre los primeros y ya eres llamado grande y ya estás, arrebatado de alegría, en la casa de tu Señor y puedes decir: *Bienaventurados aquellos que habitan tu casa, Señor, ellos te alabarán por los siglos de los siglos (Sal 83,5).*

Que se digne concedérmolo Aquel que vive y reina por los siglos

de los siglos. Amén.

Homilía de san Cesáreo a los monjes

Necesidad del combate espiritual

1. Queridos míos, no es para el descanso, ni para la calma sino para el combate y para la lucha que nos hemos reunido en este lugar; es para un combate que hemos venido, es par librar batalla a los vicios que hemos subido.

Nuestros enemigos, en efecto, son nuestros vicios, de los cuales la Escritura se expresa en los siguientes términos: *¡Cuida de no tener jamás pacto con ellos!* (Ex 34,12).

Una actitud vigilante y una lucha sin descanso serán necesarios, hermano, porque esta lucha no tiene fin, este enemigo no da tregua: se lo puede vencer pero no se puede aceptar su amistad. Y es por esto que este combate que hemos emprendido es muy peligroso, porque se libra en el interior del hombre y sólo termina con su muerte.

2. Si nos hemos reunido en estas tranquilas soledades y en este campo espiritual es a fin de combatir cada día contra nuestras pasiones mediante una lucha incansable a fin, también, de someter cada día nuestras voluntades a nuestros ancianos, como servidores, disminuir las maldades de nuestro corazón para desgastar el filo de nuestra lengua. No sólo no nos lancemos insultos los unos a los otros, sino que seamos indiferentes a los que nos lanzan los otros.

3. En efecto, estas cosas conciernen particularmente a nuestro estado monástico: no buscar en esta vida ningún consuelo, ningún honor; huir de las satisfacciones que nos dan las cosas actuales, preparar el alma para las promesas de la recompensa eterna, regocijarse en la sumisión y la humildad, buscar el amor a la pobreza y arrancar de nuestros corazones no sólo nuestras riquezas sino también nuestros propios deseos. En efecto, no tener nada es, a veces, consecuencia de la necesidad, pero no desear nada es lo que lleva a la virtud.

Los monjes virtuosos sirven de edificación a los otros

4. Hay todavía algo que ustedes deben saber: aquellos que han decidido vivir entre ustedes obtendrán gran provecho o padecerán gran peligro según que sean aplicados o negligentes.

Es por eso que es feliz el alma que por su buena conducta en la

comunidad, hace la alegría de muchos y edifica e ilumina a muchos otros; sus bienes, en efecto, al ser transmitidos a mucho otros, se sumarán. Según la sentencia de un gran sabio: *Hijo mío, si eres sensato, esto te beneficiará a ti y a tu prójimo (Pr 9,12)*.

5. Y por esto, si un monje que vive en comunidad, tiende a la humildad y se muestra paciente, si saca algún bien de sí para ponerlo a disposición del prójimo, hará suyo, en la misma medida, el progreso de los otros. Pero, si por lo contrario, por desobediencia u orgullo -¡ay! cosa habitual y fácil- atrae a otros con el mal ejemplo de su iniquidad por cada uno de aquellos que haya perdido, correrá peligro de condenación: cada persona a la cual haya dañado, le ocasionará a su vez daño, y el pecado, que anteriormente se había alejado de él, ha regresado en diferentes formas.

Es por esta razón que debe admirarse y alabarse mucho a aquel que, por su buena conducta sirve para que avancen muchos, e igualmente se debe lamentar con razón aquel cuya vida mala es motivo de la ruina de muchos.

Velar para que nuestros vicios no ocasionen la ruina de otros

6. Es por esto, hermanos muy queridos, que debemos esforzarnos por conseguir todo aquello que busque la edificación, especialmente en nosotros que vivimos en comunidad, para que así nuestros vicios no dañen las virtudes de otros, para que nuestra tibieza no debilite el fervor de otros, para que nuestra inclinación a la cólera no termine con la paciencia de otros, para que nuestro orgullo no altere la humildad de otros, para que nuestra enfermedad no corrompa la salud de otro, para que nuestro horror no eche a perder la belleza de otros, y así que no apaguemos las lámparas brillantes de los otros cuando somos incapaces de encender las nuestras.

7. Y, en verdad, esas vírgenes imprudentes (cf. *Mt 25,1-8*), tanto como lo fueran, no deseaban tanto apagar las lámparas de las otras sino encender las suyas. Y así, a semejanza de éstas, la gracia tan rica de la humildad falta en alguno de entre nosotros o el fuego de la fe o la llama del fervor, o el aceite de la caridad o la luz de la discreción, que se acerque a aquellos donde los ve en abundancia. Y sin quitarles nada sino imitándolos que deje obrar en él la gracia de su prójimo y se apoderará de esos bienes no solo sin dañar al otro sino para provecho del que los posee. Jamás te faltarán a ti los bienes que has compartido con el otro; jamás un fuego transmitido a muchos ha sufrido mengua en su luz, ni el hecho de que tantos lo contemplen ha disminuido la luz del sol: por muchos que sean aquellos

que lo contemplan, a todos prodiga sus dones y sin embargo persevera siempre en su integridad.

Las virtudes de los buenos combaten los vicios de los malos

8. Bendita sea de Dios el alma cuya humildad confunde al orgullo cuya paciencia apaga el humor irascible del prójimo, cuya obediencia reprocha silenciosamente la pereza, cuyo fervor despierta la negligente tibieza del otro. Aquel que ve, cegado por la cólera, el centro del corazón de su prójimo y lo ilumina con la gracia del consuelo y la edificación, obra mejor que aquel que viendo a un hermano apenado por alguien, en lugar de tenderle una mano consoladora para levantarlo, empuja más bien palabras malas, a este ser que está como un muro tambaleante, precipitando su caída; podría corregirlo sanamente según la disciplina, pero, con sus consejos lo excita y lo destruye, lo prepara para su aniquilación.

9. Es por esto, hermanos, que aquel a quién bastan sus males, se conduzca de manera tal de no incurrir en su propia condenación por la perdición de otro.

Estamos convencidos, muy queridos, que si no tenemos cuidado, si no recortamos y circundamos cada día nuestras pasiones, pasamos a ser muy inferiores de lo que éramos cuando vivíamos en el mundo, y más aún nuestro último estado resulta peor que el primero.

El diablo se encarniza con predilección contra los monjes

10. Y ciertamente, muy queridos, tanto como pertenecemos a este mundo, mientras trabajábamos en actividades y asuntos que ahora nos avergüenzan, el Adversario no se oponía, más bien estaba de acuerdo con nosotros, porque en nuestra vida miserable y perdida no encontraba donde ejercer su encanto: nuestras caras lo deleitaban, nuestros crímenes y pecados le eran suficientes por sí mismos. En efecto, ¿quién entraría en pelea contra su soldado? ¿Quién querría combatir contra su servidor? Y, sobrepasando toda medida, está el infortunio de aquél a quién el enemigo ni siquiera se dignaba estorbar.

11. Por el contrario, ahora que hemos renunciado a su voluntad, ve que sus adoradores regresan a su anterior servidumbre al Creador, ve en nosotros a sus ídolos transformados en templos de Dios, rechinando los dientes y rugiendo como león, el tentador alerta, estudia todas las ocasiones de dañar.

Él es el león del cual el Apóstol Pedro afirma: *Velad, vuestro adversario el Diablo ronda como león rugiente, buscando a quién devorar (1 P 5,8)*.

12. Bienaventurados aquellos que este león juzgue dignos de buscar y perseguir, siguiendo las huellas de sus virtudes y el aroma de sus méritos. En efecto, él no busca más que a los buenos, los malvados se encaminan por sí mismos hacia él, él corre con todas sus fuerzas tras los primeros mientras que cae sobre los otros sin tomarse el menor trabajo.

Bienaventurados aquellos que obligan a este león a buscarlos con animosidad y al cual no permiten los encuentre pese a su malicia.

Es con terror que resuenan en nuestros oídos estas palabras: “como león rugiente” pero porque ha sido dicho *es succulenta su comida (Ha 1,16)*, si él la busca es porque así la considera, si ruge es porque desespera, como leemos en otro lugar: *Rechinando sus dientes se consume (Sal 111,10)*.

Es de esta manera que se expresa a la palabra divina, para que al terror se una el consuelo: “rechinando los dientes” significa que se tortura, si “se consume” es que está vencido.

Pero en medio de todo esto, cuán grandes son los bienes que Dios ha destinado a los hombres, los celos de los enemigos lo confirman.

Apropiémonos de los bienes que nuestro Padre nos destina

13. Así como, reflexionando sobre estas cosas, mis queridos, fatigados por el combate, recordemos que somos los discípulos y los hijos de nuestro glorioso e ilustre Padre. Apoderémonos, cada cual lo que pueda, de los bienes de este Padre que no ha hecho testamento: que éste tome como herencia la vestidura de seda de la fe, que este otro se apodere del talento de la mansedumbre y la simplicidad, que aquel reivindique como suyo el pectoral de la benevolencia y el collar de la sabiduría, y por fin que este último tome la perla de la compasión y el tesoro de la castidad. En efecto, aunque alguno, muy rico en la amistad de Dios (cf. *St 2,23*), se haya llevado todo lo que tuvo con él, si nosotros lo queremos así, también nos habrá dejado de lo que fue suyo, todo por completo.

Busquemos entonces los bienes que nos ha dejado, actuando de tal suerte que aquel que será vuelto a la vida al fin de los siglos para resucitar en la gloria eterna, resucite desde ahora en la Iglesia por sus méritos que renacen en sus hijos. Amén.